

**desde lo
queer**

De las variedades de la experiencia homoerótica

Carlos Monsiváis

Uno de los logros del film de Ang Lee, *Brokeback mountain* (2005), es situar la gran pregunta: ¿hasta qué punto las nociones de homosexualidad masculina, o de vida gay, se han confinado a la experiencia urbana, y allí básicamente a los “muy obvios”, los afeminados y, sin tanta identificación visual, a partir de “la Revolución Sexual” de la década de 1960, a los frequentadores del ghetto integrado por bares, discotecas, restaurantes, tiendas, “geografía especializada” del Ligue (cambiante al gusto de la represión que en términos generales va disminuyendo), baños de vapor, la Marcha del Orgullo el último sábado de junio, los grupos (de enfermos de sida y que viven con VIH, de cristianos, de boliche o basketball, de discusión política, etcétera)? Pese a la multiplicidad de opciones y a que ya la orientación homosexual o gay es muy notoria en grupos amplios, sus representaciones más ostensibles en México continúan localizadas en los grupos artísticos (teatro, danza), los activistas y “los maricones irremediables” de cada lugar.

I

La oscuridad es luz suficiente

En la sociedad normada por la hipocresía y el fatalismo sexista (“Lo que no se menciona no existe y lo que no se menciona con desprecio existe de modo subterráneo”), son más bien recientes las constancias precisas de la homosexualidad. Si ya internacionalmente el prejuicio homofóbico es uno de los grandes anacronismos de las prohibiciones judeocristianas, a lo gay en el imaginario colectivo todavía lo sobrerrepresenta *el travesti*, numéricamente insignificante en el conjunto, pero desde luego, lo más fotografiable y lo más adaptable a los prejuicios históricos.

Hasta ahora, lo más conocido de las minorías sexuales en México (gays, lesbianas, bisexuales, transexuales) es lo identificado en la capital del país,

pero poco o nada se conoce de las prácticas homosexuales en las regiones, en especial en el sector rural donde tardan en filtrarse, y de manera confusa, los nuevos dispositivos de la vida gay (mentalidad, comportamiento, niveles de tolerancia, proceso de aceptación interna, localización pública de la homofobia). En las rancharías, los pueblos, las ciudades pequeñas o medianas, o incluso de más de un millón de habitantes, un sector considerable de gays y lesbianas no está al tanto de los cambios en materia de política sexual, o lo está de modo vago o temeroso. No asumen la crítica a la homofobia porque no se atreven o no quieren distanciarse de las nociones condenatorias, se acomodan con los prejuicios y en sus relaciones sexuales los tranquiliza la clandestinidad o la no verbalización de sus actos. El cuerpo es libre hasta donde cada quien decide, pero la reflexión sobre lo vivido es mínima y por eso el desafío se hace a través de los chistes, y en medio de la interiorización del acoso.

Si la tradición más relevante de los gays se inicia en cada acto sexual y allí se renueva (“Tú eres coito y sobre este orgasmo” etcétera), no necesita saber más del asunto un pescador de Veracruz, un ranchero de Sonora, un agricultor de Sinaloa, un migrante jalisciense en California, un profesor de primaria de Uruapan, un zapoteco en la sierra oaxaqueña o un albañil en la Ciudad de México. A la medianoche (la hora mítica de los aconteceres “insólitos”) se movilizan los cazadores de las sensaciones afirmadas en el cachondeo y el orgasmo. Más allá de la “anormalidad”, se despliega el horizonte de costumbres heterodoxas, y en las regiones donde apenas hay ghettos, la minoría “a la que no se le nota” debe atenerse al gran requisito de la sobrevivencia: la discreción, que es ocultamiento ante los demás y en buena medida ante sí mismos: “Si no me observan, hago lo que quiero hasta donde puedo; si me oyen, le dedico a los pervertidos el énfasis condenatorio que aprendí desde niño”.

Vienen al caso las observaciones emitidas hace más de medio siglo por Donald Webster Cory en un libro precursor *The homosexual in America* (1951), fundamental en el desarrollo de la primera generación de activistas gay:

La tragedia implícita —no la gracia redentora— de la homosexualidad tiene que ver con las facilidades del ocultamiento. De ser el homosexual tan claramente reconocible como lo son los miembros de otras minorías, la condena social se derrumbaría. En última instancia, las nociones estereotípicas se vendrían abajo arrastradas por el absurdo de prohibir la orientación de tantísimos. En segundo lugar, se conocerían de modo amplio los logros de los gays en la sociedad y sus contribuciones en todos los aspectos de la cultura... Las leyes contra la homosexualidad revelarían de modo inocultable cuánto afectan a millones de seres en todos los campos. El chantaje, por supuesto, dejaría de ser problema para los homosexuales.

II

De los gays urbanos: "Los atraparon con las manos en el tacón"

El registro histórico de los gays en México se inicia en 1901 en la capital de la República con la gran redada de Los Cuarenta y Uno. La policía irrumpe en un baile donde la mitad de los asistentes se ha travestido. Se envía a los detenidos a la delegación y allí a los que no pagan su libertad se les envía a un campo de trabajos forzados en Valle Nacional. De acuerdo con la mitología, uno, el número 42, escapa del registro judicial: don Ignacio de la Torre, hacendado de Morelos casado con Amada, la hija del dictador Porfirio Díaz. Los grabados de José Guadalupe Posada afaman el escándalo y el número 41 permanece como emblema de la hilaridad a costa de *lo contranatural*. Y este primer reconocimiento de *los Otros*, es el principio de la tradición (gestos, predilecciones, vocabulario, condición o vocación carcelarias), que alcanza incluso a los medios rurales, de manera desigual y combinada.

Desde la adaptación en el México del siglo XIX del Código Napoleónico, al no prohibirse explícitamente la homosexualidad consensuada entre adultos, las leyes en México la autorizan. (Algo muy distinto sucede con la paidofilia, altamente penada para heterosexuales y homosexuales). Esto no evita la persecución despiadada de los disidentes, los safaris en pos de maricones justificados por un recurso legaloide ya omnipresente a fines del siglo XIX: "Faltas a la moral y las buenas costumbres", expresión ajustable por entero a los criterios del agente del Ministerio Público o del juez o de los policías encargados de las detenciones. Basta mencionar la "conducta aberrante" y para que no se discutan las multas, los arrestos por quince días o por varios años, los envíos al penal de las Islas Marías por el solo delito de la voz y la apariencia, los maltratos, los chantajes policíacos, la indiferencia complacida ante los crímenes de odio contra los homosexuales. Agréguese a esto en primer plano las condenas reiteradas de la iglesia católica y la excomunión de facto a los que viven en *pecado nefando*.

A lo largo de la historia de México a los homosexuales se les quema vivos, se les lincha moral y/o físicamente, se les expulsa de sus familias, de sus comunidades y (con frecuencia) de sus empleos, se les destierra de las ciudades, se les encarcela por el solo delito de su orientación sexual, se les exhibe sin conmiseración alguna en los medios informativos, se les considera anatema, se les condena por su condición de víctimas o de enfermos. "Por ser lo que son y de esa manera", el siglo XX le depara a los gays dosis generosas de vandalismo judicial y policial, razzias, extorsiones, golphizas, muer-

tes a puñaladas o por estrangulamiento, marginación laboral, abominación de las familias, choteos rituales... en síntesis, los procedimientos de la deshumanización (como se quiera, la tolerancia es el principio de la humanización). Esta es la sentencia: “en este país —sépanlo bien—, no se admite a maricones, jotos — a los sinónimos los diversifica el tono de voz— putos, afeminados, pederastas, lilos, larailos, raritos, invertidos, sodomitas, tú-latráis, piripitipis, puñales, mariposones, mujercitos...”. A “las locas” se las repudia sin ambages hasta fechas muy recientes, cuando el énfasis disminuye pero no desaparece. “Que hagan lo que quieran mientras no sea en público y no se metan conmigo”. Es decir, que hagan lo que quieran mientras sólo ellos se enteren. Y a la vanguardia del rechazo público, la iglesia católica.

La ciencia desempeña un papel sobresaliente en la apertura de criterios. Y, como en todas partes, una investigación influye decisivamente aunque de modo paulatino: el *Informe sobre sexualidad masculina* de Alfred C. Kinsey (el *Kinsey Report* de 1948), que funciona al principio como una suerte de chisme a propósito del porcentaje significativo de gays en la población sexualmente activa del mundo. (Si el *Informe* Kinsey no dice esto, la leyenda sí: uno de cada veinte hombres es gay o ha tenido experiencias homoeróticas; en el caso de las lesbianas falta información, es imposible cuantificar a los bisexuales y la cifra de transexuales es apenas perceptible.)

“Es de ambiente”

Al ámbito de los homosexuales urbanos se le ha llamado *El ambiente*, el *ghetto* creado por la homofobia y al que describen las libertades expresivas, los gustos compartidos, la creación de modas, las facilidades del ligue y la conformación de “familias gay” o núcleos amistosos. Al Ambiente lo hacen posible “los que no tienen nada que perder”, los que *salen del clóset*, y dan noticia de sus preferencias. (Y los que se ocultan, por razones siempre válidas, también pagan un alto costo psíquico.) Por un tiempo, y todavía hoy, en algunas regiones y sectores, el axioma de los gays es evidente: “Si saben lo que soy, me tratan como si fuera todavía menos de lo que soy”. De allí la inmersión en el clóset.

El término *ambiente*, según diversos informantes, se extiende en América Latina en la década de 1930, como una adaptación del término *gay*, que “despoja” al idioma inglés del vocablo destinado a lo *alegre* o *feliz*. Si de los gays en Norteamérica sólo se espera la alegría sin consecuencias, el carnaval incesante en donde al parecer nada divierte tanto como la exclusión, en América Latina *ser de ambiente* es ser frívolo, entregado a la diversión, con-

centrado en la moda, al día en bailes y en ídolos del *show business*, experto en darle la vuelta al insulto homofóbico; en resumen y circularmente, *ser de ambiente* es, al pie de la letra, *ser gay*, y en el concepto se entremezclan la americanización, la creación individual y colectiva de un estilo y, a fin de cuentas, la obtención de espacios de seguridad.

El Ambiente es, sobre todo, la forja de las actitudes a partir del habla en común. Y los que en grados diversos aceptan que a ellos *ya se las saben* (la familia, los amigos heterosexuales, los empleadores, los compañeros de trabajo, los vecinos) se consideran *de Ambiente*, aunque de ellos sólo una minoría manifiesta los rasgos notorios de la Gay Society de Nueva York o San Francisco: el cultivo de la elegancia (el dandismo), la cultura musical (las dos grandes zonas: la ópera y los productos de Broadway y Hollywood), la feminización del lenguaje (“¿Cómo estás, mi reina?/ Princesa, porque mamá no ha muerto”), las idolatrías fílmicas (Greta Garbo, Marlene Dietrich, Mae West, Dolores del Río, María Félix, Bette Davis, Katherine Hepburn, Joan Crawford, Judy Garland en *El mago de Oz* y *Nace una estrella*, Audrey Hepburn), las *Torch Singers* o cantantes del feeling (como Elvira Ríos, María Luisa Landín, Olga Guillot y Chelo Silva o, en Norteamérica, Billie Holiday), las devociones que son apropiaciones de la comedia o el melodrama (Carmen Miranda, Sarita Montiel)... En síntesis, las predilecciones anteriores a la hegemonía de la televisión que entroniza la cultura de masas, en perjuicio de la cultura genuina.

El sentido del humor *del ambiente* depende del estilo aforístico a lo Oscar Wilde, del ingenio rápido, la sátira del melodrama, la autolaceración jocosa y los lugares comunes del chisporroteo “carnavalesco”: “El último macho murió de parto/ Te presento a mi sobrino: Sí, ya lo conozco, fue mi sobrino el año pasado/ Pierna buena aunque sea de mujer/ Desde que me quedé calvo ya no puedo mandarle mis trenzas a los galanes para que suban al quinto piso/ ¡Qué errata le sacaron en su poema! Puso ‘Tengo un hambre atroz’ y salió: ‘Tengo un hombre atrás’/ Espejito, espejito, ¿quién es la más bonita? María Félix (o Audrey Hepburn) pero tú eres la más necia/ Se fue a Nueva York sobresaltado y regresó sobrecogido/ Y entonces le dije a Brigitte Bardot: ¡Fuera de mi coctel!”.

En sus varios niveles, al ingenio gay lo complementa “el arte del chisme”, no meramente el chisme sino su cultivo verbal, caracterizado por tres hechos: a) toda comunidad marginada gira en torno del rumor pero no toda comunidad hace del chisme un censo de actitudes o de inclusiones; b) el chisme, sin esas palabras, suele considerarse un subgénero narrativo y tea-

tral: “Déjame que te cuente...”, y c) si el chisme es por fuerza una experiencia narrativa, la intuición misma se deja ver como un chisme: “A mí me da la impresión... /¿Y quién te contó la impresión?”. Y lo típico del chisme de minorías es su precisión de catálogo: “¿No te conté de Fulano? La esposa ya le pidió el divorcio porque lo agarró metidísimo con su secretario”.

* * * * *

Como en el caso de toda minoría, al Ambiente lo distinguen las técnicas de reconversión del insulto. Los gays adoptan los insultos y al “desconstruirlos” los vuelven referencias indispensables, adoptan las expresiones hirientes y al hacerlo aíslan la contundencia de la homofobia. Y el perreo (*bitchiness*), con su vértigo autodifamatorio, es la técnica de ajuste donde al insulto lo modifica la creación verbal: “Óyeme loca, ¿por qué no me acompañaste? Todo los que fueron a la reunión eran unos ignorantes. Te habrías sentido en tu elemento”.

Y, también, *ser de ambiente* es optar por los buenos oficios del melodrama, y de allí la especie de los Drama Queens.

* * * * *

En el ambiente anglosajón donde la expresión se origina en la década de 1920, el camp es, sobre todo la conversión de la sensibilidad homosexual en vanguardia del gusto, el triunfo muy divertido de la forma sobre el contenido. Cítense como ejemplos las lámparas de Tiffany, el dandismo (del siglo XIX en adelante), las obras de excéntricos como Ronald Firbank o Jean Cocteau; las paradojas de Oscar Wilde (más *El retrato de Dorian Gray* y *La importancia de llamarse Ernesto*); películas como *All about Eve* de Joseph Mankiewicz o *Los caballeros las prefieren rubias* de Howard Hawks (con las actuaciones respectivas de las portentosas Bette Davis y Marilyn Monroe); la serie de Joseph von Sternberg con Marlene Dietrich (en especial *La emperatriz escarlata*); la belleza caciquil de María Félix, la pasión reiterativamente melodramática por la ópera, Salvador Novo (el personaje y los sonetos), los óleos de Saturnino Herrán con los *body builders* prehispánicos, el personaje de La Manuela (Roberto Cobo) en *El lugar sin límites* al bailar “La leyenda del beso”, como si San Sebastián ensayase la recepción de las flechas, y así sucesivamente. Y el común denominador integra una práctica del sentido del humor, la relación sentimental con la belleza (Susan Sontag), la intuición estética y el saber wildeano: no hay nada más profundo que las apariencias.

El panorama anterior apunta a la gran influencia inadvertida o desconocida de los gays en la sociedad, en seguimiento de lo que ocurre en Norteamérica en materia de modas, teorías y comportamientos. Esto, que se nutre de la americanización planetaria, se concentra en las lecciones de la batalla cultural, social, política que beneficia, se sepa o no, a todos los practicantes del homoerotismo y también amplía los horizontes de los ajenos a esa experiencia. Si en verdad los tradicionalistas se asustan cada vez menos, el tradicionalismo se desfigura cada vez más.

III

El norte de la República. De la masculinidad como refrendo social

Entre 1997 y 2002, en la sierra de Sonora y en Hermosillo, la capital del estado, Guillermo Núñez Noriega continúa la investigación etnográfica iniciada con *Sexo entre varones* con otro libro importante, *Más allá de lo gay. Las políticas de la intimidad y la identidad masculinas*. Al examinar las zonas no cubiertas por los términos dominantes ("gay", "homosexual", "joto", "mayate", etcétera), Núñez señala las limitaciones del régimen discursivo, "incapaz de entender... las realidades del presente que no se estructuran de acuerdo con los significados dominantes". Animado por esta certeza ("Hay más cosas en el cielo y la tierra que las que sueña tu taxonomía", podría decirse), Núñez elige el concepto de *intimidad* como el recurso metodológico y analítico más apto a propósito de la red de categorías y significados "que estructuran las prácticas y relaciones sexuales y/o amorosas entre varones en una determinada sociedad".

La investigación de campo y los alegatos teóricos de Núñez enriquecen el examen de las sexualidades marginadas en México. A él le interesa matizar la comprensión del homoerotismo, con frecuencia distorsionado por el comercio o idealizado por la militancia lésbico-gay, y una aportación de su trabajo es el vislumbre del ir y venir de vínculos entre varones, guiados por el deseo y por el afantasmamiento de la entrega al deseo. E impresiona observar la sucesión de imágenes, de lenguajes y de operaciones de la conquista sexual. Núñez, etnógrafo inspirado, acompaña a sus informantes en las noches de cervezas y confidencias, entrevera los testimonios y explica el tejido de donde provienen. Las historias de vida de *Más allá de lo gay...* son muy ilustrativas, digamos la del muy joven José, trabajador de una maquiladora, originario del pueblo Los Corazones, que le narra lo que "nunca había platicado con nadie". José, obvio decirlo, es muy masculino de apariencia (es decir, no "se le nota"):

—Oye verás no sé tú qué piensas, te voy a ser franco o sea, ahí donde la ves a mis 22 años, yo acabo así de empezar a tener relaciones sexuales, o sea que a mí me penetran y, o sea, no me siento a gusto, no sé.

—¿Sientes culpa?

—O sea, sí a veces, pero o sea, no es tanto eso, a lo mejor es algo que poco a poco se me va ir quitando, sino la verdad es que me da miedo.

—¿Al sida?

—No, eso no, aunque también, pero yo no lo hago con cualquiera, así, con una loca, no sino con acá un bato tranquilo, como yo, así, la otra vez conocí a un bato, había llevado yo a mi novia a un baile norteño de los que hacen allá en el estadio y ahí lo conocí y acá nos acoplamos bien a toda madre y quedamos de luego tomarnos una cheves y ya nos seguimos viendo y la hemos cotorreado y con él si acá me he dejado penetrar.

—¿Entonces a qué le tienes miedo?

—O sea, no es miedo, como decirte ya no lo quiero hacer porque se me figura que si sigo acá dejándome, me van a salir al rato caderas, acá como vieja, o chichis de mujer, ¿cómo ves?

Profundamente sorprendido de esta creencia, le pregunto:

—¿Y por qué crees que eso te puede pasar? ¿Quién te dijo eso?

—No, nadie, yo he visto que eso pasa, ¿no has visto acá a los jotos esos cómo traen así las chichis y las caderas, parecen mujeres?

Le explico entonces que esos hombres de senos grandes y caderas “como de mujer” en realidad se han puesto senos de silicón y se han realizado operaciones para modificar su cuerpo. Luego tratando de hacerlo reflexionar al respecto le pregunto:

—¿Nunca has conocido gente masculina que tenga relaciones sexuales, que sea como tú, pues?

Reflexiona un momento y luego dice: ¿Sí, es cierto, ¿verda[d]? Porque yo conocí a un bato que es beisbolista, acá de los que juega en un equipo profesional y el bato tú lo ves y no te imaginas y al bato ese también el gusta el cotorreo machín, le gusta acá que se lo cojan y no creo que acabe de empezar y te digo, tú lo ves al bato y bien hombre, acá. Sí, es cierto lo que dices...

* * * * *

¿Qué se sabía hasta hace muy poco del sexo entre hombres en la provincia de la provincia, las regiones consideradas feudos del machismo sin fisuras? Casi nada, episodios brumosos, relatos que solían calificarse de jactancias (“En este pueblo todos *entienden*, pero nadie lo acepta”), sospechas estadísticas (“No hay modo de inhibir la naturaleza humana, así que esta región también tiene su guardadito”), y la apreciación festiva: “Si aquí vienen de

rancheros, con botas y sombrero, es que allá no los dejan andar de chinas poblanas". Contra este panorama de sombras regionales que hacen las veces de intuiciones, Núñez levanta los testimonios que vuelven inteligible el medio donde lo no heterosexual nunca tiene acceso a la vida cotidiana. Que no ande contando tu mano izquierda los oficios marginales de tu mano derecha.

Hay un punto de partida: aquí están los hombres, aquí están las mujeres, y ahí, también, la zona de las distracciones "*aquí entre nos*". Lo básico es no dejarse etiquetar por los comportamientos y marcar las distancias entre ser distintos y ser *obligadamente* distintos. Para que nadie *se las sepa*, ellos se abstienen de precisar lo que conocen con detalle. Y lo distintivo no es que los practicantes de estas conductas se designen simplemente como *hombres*, porque fuera del travestismo todos los gays lo hacen, sino el número amplísimo de definiciones de la masculinidad.

IV

La provincia: "Si te quedas en tu lugar de origen, aguántate"

Antes de la década de 1980 (aproximadamente), fuera de la Ciudad de México, de su medio intelectual y artístico y de su vida nocturna, impera el "espíritu provinciano" que combina el fundamentalismo católico y el analfabetismo científico, y protege la mezcla con la exaltación de los prejuicios. En las regiones, a los gays les aguardan los rechazos sociales, los encarcelamientos por "faltas a la moral", el desprecio infinito, o la aceptación que deshumaniza. En el Istmo de Tehuantepec a los niños de modales "afeminados" se les llama "muxes", se les educa para las tareas domésticas, se les imponen las ropas de mujeres (el equivalente de los berdaches), y se les asume como un fracaso de la biología y un "capricho generoso" de la comunidad.

Los casos de Alfonso Michel y Chucho Reyes son significativos. Michel, un pintor extraordinario, al regresar a Colima, su tierra natal, es una provocación y así se le trata. En *Alfonso Michel. Mito, leyendas*,¹ Jorge Chávez Carrillo documenta el acoso. Entonces, y la práctica continúa hasta la década de 1960, son frecuentes en el país las *cuerdas* a las Islas Marías (los envíos de presos al penal en el Pacífico), y allí nunca faltan los homosexuales detenidos al azar. En 1932, llega la *cuerda* a Manzanillo, y Michel, también llamado *El Chopín*, corre peligro:

¹ Universidad de Colima, 1993.

La Gallina reconoció al “comisionado” parado en la puerta. “Te habla Marentes.” El Feo lo atajó: “¿Qué pasa?” A las seis llega la cuerda, viene el tren a tiempo... *ai tú sabes.*” Recibió un peso a cambio de la noticia y siguió el camino para prevenir y cobrar por los avisos. El Feo corrió tras Alfonso pero no lo alcanzó ni en el leonero ni en otro lado.

El Feo buscó a Severo. “Encuentra al Chopín y escóndelo a güevo...” Chopín pasó la noche en la playa de La Audiencia conducido a punta de pistola a un solitario y apartado paraje por Severo Lezama, matón por encargo que le debía al Feo la vida...

En la tarde se movilizaron los soldados de la guarnición de la plaza y el destacamento de marinos acantonados en el puerto en la maniobra para asegurar a la población durante el embarque de los sentenciados a prisión en las Islas Marías, criminales y ladrones.

El anuncio de apresar a los jotos para desterrarlos como profilaxis social agregándolos en la cuerda, se prestaba para que se dijera que el gobierno era moral, y también para el chantaje, disimulo y la huida a un escondite a cambio de pesos fuertes o alhajas. Jorge Michel (el hermano) andaba en Colima en una diligencia en Palacio; ahí mismo lo paró el recadero con la noticia amenazadora. Chopin no peligraba en Colima si le entregaba el dinero por el aviso.

En el puerto de Manzanillo se tendió la redada en la Pedregosa, buscando a la “Pola Negri”. Los de la policía secreta se toparon con *el garrobo* (el amante) del puto; y arremetieron entre órdenes, gritos y mentadas de madre. Uno de la “secreta” se dobló herido con verduguillo por el mayate. En la resistencia lo acribillaron a balazos, “Pola Negri” amarrado, aullaba como fiera herida. El portero del burdel, don Blas, amaneció muerto de muerte natural, tieso del susto. Por el rumbo se completó la cuota. En la noche, esposados y embarcados, los homosexuales velaron hasta el amanecer esperanzados en un milagro. El barco de la armada levó anclas. Dicen que en altamar murió la “Pola Negri”.

Severo Lezama entregó al Chopín a las siete de la mañana sano, asustado pero completo. La Gallina le dio un té para el soponcio y un almuerzo para la desvelada.

En Guadalajara, a Jesús Reyes Ferreira, otro artista notable, se le acusa de “invertido, corruptor de menores y organizador de saturnales”, y se le detiene en su domicilio “sito en el cruzamiento de la calles Ocho de Julio y Morelos”.² En rigor, Chucho Reyes es simplemente un gay, es un esteta, un dandy que incurre en el travestismo en su casa llena de antigüedades y objetos del gran arte popular. En *Oblatos-Colonias. Andanzas tapatías*,³ Juan José Doñán complementa la información proporcionada por el propio Chucho Reyes: a los homosexuales se los somete entonces a la “vergüenza pú-

² *Las Noticias*, Guadalajara, 19 y 2 de junio de 1938.

³ Campo Raso, 2001.

blica”: salen de la Comisaría a las seis de la mañana, se les hace barrer las calles en el camino a la estación de trenes y se les envía a la ciudad de México. Al verlos, los paseantes les gritan, los escupen y les arrojan objetos. Entre los que apoyan la expulsión se hallan los integrantes del Bloque de Obreros de Artes Plásticas, sección Jalisco.

Durante un largo tiempo, ser *joto* es carecer socialmente de respeto humano. En una crónica de la década de 1950, el poeta y cronista Renato Leduc da su versión de la Feria de San Marcos en Aguascalientes:

Pero el *clou* —como dicen los franceses—, o la cereza del helado de la feria, son los puestos de pollo de los maricones. A la salida de los gallos, de la partida, de los tablados, no hay feriante ni familia local que no pase a saborear el plato de pollo, de enchiladas u otro antojito a los puestos alineados en un costado del bello Jardín de San Marcos, y bromea sanamente con los afeminados que los atienden: son hacendosos, serviciales, amables y discretos... “Unas pobres muchachas que se ganan la vida honradamente”, según explicó uno de ellos al gobernador Rodríguez, quien los conminaba a que se ataviaran y se pintarrajearan menos escandalosamente. En ellos se duplica todo el repertorio del cine nacional: Hay la *Pinal*, la *Tongolele*, la *María Félix*, *Toña la Negra*, etcétera. Hay otros con motes más originales. Una noche el *Brujo* Zepeda, matador de toros, miraba fijamente al que nos servía. “¿Qué me ves...?, preguntó éste. Y el *Brujo*: “La personalidad que tienes. ¿Cómo te llamas?” Y el tipo: “No soy más que una triste mesera... Me dicen *la Mundial*”. —“Dame tu dirección”, solicitó Zepeda. “Presta un lápiz y un papel” —pidió el tipo. El matador le tendió una pluma y una forma de giro telegráfico, único papel que traía. *La Mundial* examinó cuidadosamente la forma, y con la más graciosa de sus sonrisas dijo: “Te voy a escribir mi dirección aquí donde dice el beneficiario”. Pero era admirable la amplitud de criterio y la condescendencia del pueblo y la sociedad de Aguascalientes hacía esta desviada subespecie humana tanto tiempo marginada... Ahora las cosas están cambiando. El homosexualismo es ya casi un timbre de gloria. “Para hacer carrera en el Servicio Exterior —decía el difunto licenciado Rojo de la Vega—, en México se requiere ser maricón o heredero-porfirista. Algo debe tener esto... Conozco infinidad de putas regeneradas... pero no he visto todavía un solo maricón arrepentido...”⁴

No existen los testimonios de los victimados y perseguidos de esa “subespecie humana” que tanto irrita a Leduc. Si en los espacios de alguna tolerancia de la capital se institucionalizan las sensaciones de fragilidad y los abatimientos psíquicos, en la provincia, la salud mental posible de los gays se inicia con el exilio. Quedarse es asumir la burla permanente, el trato reservado a los eternos menores de edad (merecedores del diminutivo), las golpizas, los finales trágicos. Una versión convincente de este acoso es el caso de La Manuela en *El lugar sin límites*, la película de Arturo Ripstein sobre la novela de José Donoso.

⁴ En *Historia de lo inmediato*, FCE, 1976.

¿Qué "humaniza"? Las cualidades específicas de cada gay, su condición de pintoresquismo inevitable, la superioridad que provocan. En su novela *La feria* (1963), Juan José Arreola ofrece un excelente resumen de la homofobia pueblerina:

- ¿Y qué me dice usted de los otros?
- Los tú me entiendes...
- Los del *yo no sabía*.
- Así era desde chiquito.
- A mí me daban miedo las mujeres.
- ¡Ay, Dios tú, a mí me dan asco! Fuchi.
- Cuando se te acaba el perfume, me tiras con el pomo...
- Los que se desgajaron como un cerro aparte el día de la maldición.
- El día del cataclismo, el día del terremoto original...
- ¡Ay, el temblor! ¡Ay, el temblor!
- Pues mire usted, a mí me dan risa.
- A mí me dan lástima.
- A veces son muy buenas personas.
- Son buenos cocineros.
- Son buenas costureras.
- Son muy trabajadores.
- Deberían de caparlos.
- Ponerlos a todos a vender tamales en la plaza, con mandiles blancos manchados de mole.
- ¡Ay, sí, de mole! ¡Ay, sí, manchados de mole..!
- Mire, mejor vamos hablando de otra cosa. Vamos dejándolos en su mundito aparte, ahogándose como ratas, agarrándose desesperados a un pasaje de San Agustín...
- ¡Imagínate tú qué compromiso! Tener que salvar mi alma en este cuerpo tan grandote...
- En este cuerpo de hombre tan feo y tan grandote.
- ¡Aquí en la cocina del infierno!
- Probando atole con el dedito...
- Probando atole con el dedote...
- ¡Atizando el hornillo! ¡Meneando las ollas del diablo Calabrote!

Arreola recrea inigualablemente la versión coral del prejuicio. En los pueblos y las pequeñas ciudades sólo se admite la existencia de los gays si recaban el desprecio unánime y, por eso, el que no pregona su condición le niega a la comunidad las oportunidades del repudio:

—Pues mire, yo prefiero que sean así como Celso, maricas con ganas y de a de veras, como unos que vi en la frontera con la boca pintada y con ceja sacada, y no como esos que parecen hombres y que andan por allí con la mirada perdida, mordiéndose los labios. No se les nota nada, si usted no se fija, pero la apariencia de sus rostros testimonia contra ellos, como Sodoma publican su pecado. Se hacen señas unos a otros y se reconocen sin hablarse y quedan en verse quién sabe dónde.

En la provincia hay dos excepciones parciales de la regla del menosprecio, ambas caracterizadas por el alto número de extranjeros: Acapulco y Cuernavaca. En Cuernavaca, las reuniones alrededor de las albercas corren a cargo de europeos o norteamericanos con dinero. Un caso típico de la etapa 1940-1960, Joachim von Bloch, se ufana de su pertenencia a la nobleza alemana. (A él lo parodia Luis Spota en su infortunada novela *Casi el paraíso*.) Acapulco es un “mercado de la carne” para los turistas de cualquier persuasión, y la plaza de La Condesa es el rincón del ghetto con su clientela específica de norteamericanos y mexicanos con dinero.

Los gays de Guadalajara comparten las pretensiones criollas de su entorno, lo que significa orgullo por la prosapia, algo de dinero y demasiado tiempo a la disposición: levantarse tarde, sobremesas dilatadas, noches en vela, fines de semanas en Chapala o Los Ángeles. Los gays conocen a fondo la tradición, memorizan las genealogías de la “aristocracia tapatía”, estudian y coleccionan el arte virreinal, redescubren el gran arte popular. La Buena Sociedad de Guadalajara admite casi de soslayo a “decadentes” notorios y dos de ellos, Guillermo Hermosillo, *Guille*, y Gabriel Orendáin, *Gaby*, adquieren durante generaciones el perfil “legendario”. Son elegantes, administran con parsimonia el escándalo, apaciguan con elocuencia a sus familias, y son a tal punto escuela de modales, ironía y vestuario que sus anécdotas se coleccionan. Y su notoriedad alcanza a esa forma del desprestigio que es ya la cultura popular. Según explica Juan José Doñán (*Oblatos-Colonias*), en honor o en descrédito de los dos “desviados” se inventa una porra emitida en los encuentros entre dos equipos, el Atlas y Guadalajara. Al ser Hermosillo y Orendáin partidarios del Atlas, los del Guadalajara gritan: “¡A la Guille, a la Gaby, a la Ay si tú, / Atlas, Atlas, Ay Dios tú!”. Una anécdota de Guille: mientras da a luz la esposa de su amante (y chofer), se encierra en su recámara para emitir los gemidos y efectuar los movimientos de una parturienta.

Los gays de Guadalajara disponen de un espacio legendario, el barrio de San Juan de Dios, ya desde los inicios del siglo XX sinónimo de vida “enrarecida”. Doñán recuerda *Gente profana en el convento*,⁵ del pintor Gerardo Murillo, el Dr. Atl, una colección de estampas que incluye un episodio de 1919. Tras la derrota en Aljibes de los carrancistas, al Dr. Atl lo captura una turba que lo desnuda y le adjudica las ropas de una difunta, entre ellas “una blusa color de rosa llena de encajes”. Se llevan al Dr. Atl a Ometusco, y allí, al verlo el oficial a cargo del pelotón

se rió de mí a sus anchas, y cuando me preguntó de dónde era yo y le contesté con cierta humildad, no exenta de socarronería, que era de Guadalajara y del barrio de San Juan de Dios, el capitán tuvo que cogerse la barriga para no estallar de risa “¡Claro, dijo, ya me lo figuraba yo!”.

V

Los gays urbanos: del clóset como secreto celosamente guardado

Además de sus “condenados” de la tierra (los “jotos de tortería”) la minoría gay sólo dispone de unos cuantos representantes visibles y su método para “hacer historia” es no desaparecer. En el periodo 1920-50 son “delegados de la especie” los que no consiguen evitarlo, los carentes del escudo de “la doble vida”, y los suficientemente autónomos para sobrevivir al Qué Dirán. Por eso, la elección de profesiones no sólo es asunto de la vocación (el gusto, la capacidad imaginada o autoconcedida) sino de un criterio pragmático: “En este trabajo mi manera de ser importa menos”. En su turno, los gays de clases populares, esa “masa deseante” desconocida, carecen de la conciencia de lo diferente y ven en el comportamiento la única teoría válida. “Lo que yo hago es lo que yo pienso”.

Los gremios favorecidos en la selección de símbolos sexuales son los soldados, los marinos, los meseros, los choferes. Se juega al bridge y el póker, y el alcohol es simultáneamente escape y confesionario, autoengaño y aceptación lacrimosa de los encierros de la marginación. ¿Cuáles son los pasos de la identidad gay de acuerdo con la sociedad? Los alojados en los siguientes términos: aberración, anomalía, enfermedad, marginalidad, condición minoritaria. En este sentido, por mal definidas y opacas que resulten las teorías que cada gay sustenta sobre su conducta, funciona impecablemente la adopción

⁵ Botas, México, 1950.

del fatalismo. El determinismo interpretativo colma los huecos de la explicación que vuelve “racional” el deseo y sus prácticas.

* * * * *

Si el repudio homofóbico no establece distinguos, sí conoce límites, y uno de ellos son zonas de excepción de las grandes ciudades donde no se eliminan los hostigamientos, los asaltos criminales y las chacotas, pero sí se hacen valer los recursos económicos y sociales, algo inconcebible a propósito de la tribu de los muy obvios, los afeminados pobres, los travestis, los “maricones de burdel”.

El dinero, ya se sabe, implanta “territorios libres”. En la primera mitad del siglo XX, por ejemplo, los homosexuales *de posibles* (rentistas, modistos, decoradores de interiores, funcionarios, técnicos, dueños de restaurantes y bares, profesionistas distinguidos, anticuarios, arquitectos, escritores, artistas) disfrutaban entre silencios y sigilos de algunas libertades (la mayor: el que nadie espere que se casen), y tienen la movilidad y la franqueza de intenciones que desconocen los carentes de recursos. Por lo común, estos “exceptuados” se atienen al ghetto y sus convencionalismos, entre ellos el habla que es burla de sí y de los semejantes. La frase: “¿Por qué me hiciste así, Dios mío?”, tan de uso paródico, delata la crisis de aceptación y el afeminamiento que suele ser un requisito de sobrevivencia. “Si se nota con claridad lo que soy, no se llaman a engaño y se ensañan todavía más” (la exageración de los modales como disculpa.) Del infierno grande de la provincia se va a la Ciudad de México y sus anonimatos. En provincia se exacerban el humor fácil y la hostilidad hacia los imposibilitados de fingimiento, y en todas partes un *desviado* auspicia la grandeza en términos compartidos de los que los ven o tratan. Si se les “nota” (voz, modales, ligués, soltería) la mirada social los vuelve fenómenos.

El acoso implanta la duda: “¿Cómo me verán realmente los que no son como yo, así sean mis padres, mis hermanos, mis otros amigos cercanos, mis jefes y compañeros de trabajo? ¿Cómo me juzgan los que no comparten mi manera de ser? ¿Hasta qué punto aceptan esta manera de ser los que no la comparten?”.

¿Quién les manda renunciar al temple viril? Todavía en 1960, la notoriedad de los gays se debe a las variantes del escándalo, que crea su fama “contraproducente” y que al menguar jamás borra del todo el “pecado original”. A falta del sensacionalismo, la murmuración es un “coro griego de moscas”.

* * * * *

El estigma es triturador, y durante la mayor parte del siglo XX con tal de asimilarlo o, más específicamente, de proteger en lo que puedan su salud mental (y social), los gays, y los que sin sentirse o identificarse como tales sostienen prácticas homoeróticas, interiorizan numerosos elementos de la homofobia, y se subordinan a los dispositivos del prejuicio: un homosexual *debe ser* afeminado, un homosexual *debe* odiarse a sí mismo y detestar a los que son como él, un homosexual *debe ser* y *debe* parecer frágil, un homosexual *debe* aficionarse a todo lo no viril, para empezar las artes (los ejemplos de los Opera Queens, los fans de las divas de Hollywood y la música barroca), un homosexual *debe* abstenerse de los deportes y los trabajos rudos. También, así no sea obligación, un gay *debe* aportar el ingenio (arma defensiva) y la rapidez al captar y crear la moda.

No valen la posición, el talento, la honradez, la capacidad de trabajo, la generosidad. Ante la policía o ante la maledicencia, el ser “abominable y reprimible” no tiene defensas y de allí la presencia del clóset como “santuario medieval” y de allí el alto número de los que se casan, de los que extreman su religiosidad y ruegan por “el fin de la maldición”. Como en la frase de Sartre, el infierno son los demás, pero, también, el infierno está dentro de cada marginal. Y la ausencia de derechos civiles y humanos centuplica la sensación de inexistencia. “No somos nada, salvo cuando se ignora o se olvida lo que somos”. Y la única neutralización segura de la condena es la otorgada por la demografía: con tantos que hay, el concepto de “lo anormal” se relativiza.

¿Cuántos se psicoanalizan en pos de “la cura”? De 1920 a 1960, para situar fechas en un periodo marcado por la nueva milagrería, el psicoanálisis, impone un vocabulario (*traumas, paranoia, complejos, transferencia, neurosis, higiene mental*), mientras los sueños se interpretan con técnicas discutibles y se aprecian las nuevas técnicas: psicoterapia, psicopatología, psiquiatría, caracterología, al lado del conocimiento todavía brumoso de Freud, Adler, Wilhelm Stekel. La posesión del inconsciente es un verdadero hallazgo patrimonial y el gran paso social se efectúa: la homosexualidad de *pecado a enfermedad*.

Es muy difícil entender ahora la irrupción del psicoanálisis, al principio lenta y luego difusa y acelerada. A través de los Vocablos Permanentes, el psicoanálisis se filtra en las revistas populares, las industrias culturales, el teatro, la narrativa, la poesía, el cine. El “núcleo de significación” apenas halla resistencia, y ya para la década de 1960 los sacerdotes hablan de

“traumas espirituales” y Nadie que se sienta Alguien se olvida de “las neurosis urbanas”. Si en 1934 el filósofo Samuel Ramos “psicoanaliza” a la nación y decreta “el complejo de inferioridad del mexicano”, ya en 1970, por ejemplo, los homosexuales son “neuróticos extremos”, pero no dispone de peso científico la exigencia de su “curación”.

VI

Los gays urbanos y la visibilidad

En junio de 1969, en Nueva York, el día del entierro de Judy Garland, la policía irrumpe en el bar Stonewall en el Greenwich Village, en una de sus redadas habituales de amedrentamiento, chantaje, golpizas. Esa noche se produce una novedad: los parroquianos, encabezados por travestis, y los paseantes alertados por las patrullas, integran la turba de reivindicaciones que libera a los detenidos y hace huir a la policía. Los motines en el Village se prolongan dos días más, hay reuniones incesantes, surge el Gay Liberation Front, los que ya trabajaban en organizar gays y lesbianas se liberan de sus cautelas y se ven tratados como “reformistas” por los militantes instantáneos que pasan a la ofensiva. El sector semiclandestino pasa a ser la minoría de agitadores, y esto, casi de inmediato, repercute en muchos países.

A México las noticias de Stonewall llegan tarde y sin énfasis, pero ya en 1971 la dramaturga y directora de teatro Nancy Cárdenas convoca en su departamento a las reuniones de concientización (a la manera de los *awareness groups* de Estados Unidos) donde los asistentes relatan sus experiencias con “el numerito” (el *come-out* personal) y discuten materiales de Estados Unidos e Inglaterra. En ese año, dos jóvenes cesados en Sears Roebuck por “pervertidos” demandan a la empresa. En 1973 Nancy Cárdenas lleva a escena *Los chicos de la banda* (*The boys in the band*), de Mart Crowley, estrenada en Nueva York en 1968 y filmada en 1970, por William Friedkin. *The Boys in the Band* es un melodrama preStonewall, un laberinto de revelaciones incesantes, de referencias al canon de las idolatrías queer, de giros históricos y frases memorizables: “Enséñame un homosexual feliz y yo te mostraré el cadáver de un gay”.

La obra —de nueve personajes, ocho de ellos homosexuales— no contiene desnudos o escenas de amor explícito o siquiera fajes, y sin embargo Delfín Sánchez Juárez, jefe de la Delegación Benito Juárez del DF, la prohíbe porque “atenta contra la moral y las buenas costumbres”. La comunidad intelectual y artística, que aparece en “ocasiones especiales”, se enfrenta a

la censura oficial a la prensa súbitamente tradicionalista. Al cabo de unas semanas, el presidente Luis Echeverría se convence: la comunidad intelectual y artística es, si se lo propone, fuerte. El gobierno capitula y *Los chicos de la banda* se estrena con gran éxito y en medio del azoro de los espectadores que aunque lo quieran no logran escandalizarse.

En 1974, se publica el primer manifiesto en contra de las redadas de homosexuales, firmado por numerosos intelectuales y artistas, entre ellos Juan Rulfo, Fernando Benítez, Vicente Rojo, José Emilio Pacheco y cerca de cien más (lo redactan Nancy Cárdenas y C.M.). En 1974, la Asociación Psicoanalítica de Norteamérica desclasifica del capítulo de enfermedades a la homosexualidad. El 2 de octubre de 1978, a la marcha conmemorativa de la matanza de Tlatelolco de 1968, se integra un contingente homosexual de cerca de doscientas personas, encabezado por Nancy Cárdenas. La respuesta a gays y lesbianas, si no estrictamente amable, no es hostil y al anunciarse su llegada a la Plaza de las Tres Culturas hay aplausos, ni demasiados ni inaudibles. Surgen grupos: el FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria), Lambda y Oikabeth, de lesbianas. En 1979 Albert Baker inventa la bandera del Arco Iris (seis colores), de inmediato el símbolo internacional. En 1980, La Marcha del Orgullo Lésbico Gay se inicia en la Ciudad de México. Ya en 1981 asisten cinco mil, cifra entonces desproporcionada que anuncia a los más de cien mil de los años recientes.

* * * * *

Es notable la resonancia de las palabras clave del nuevo vocabulario de la tolerancia: *homofobia*, *sexismo*, *desclosetarse* (*come out*), y sobre todo *gay*, el vocablo internacional que explica y acentúa el estallido del clóset. Si los términos han sido círculos de infamia, burla, menosprecio, invisibilización (*maricón*, *joto*, *puto*, *volteado*, *de los otros*, *le gusta el arroz con popote*, *le gusta el puré de vampiro*), el desprestigio ya no alcanza a *gay*, un vocablo de la globalización que vincula simultáneamente los derechos civiles y la sociedad de consumo.

Nadie menosprecia los cambios semánticos. Un *gay* ya no es un *joto* o un *maricón*, ya no viene de las burlas y el desprecio de los siglos, ni siquiera es por entero un *homosexual*, con sus características médicas y judiciales. Por fuerza, el *gay* es moderno, pertenece a una especie prodigada en cine y televisión, está al tanto de sus derechos civiles y vive la tragedia del sida. Si las palabras clave se ubican en una geografía y una historia específicas, el *maricón* sólo se entiende a través del desprecio y el *gay* ya corresponde a la

modernidad. El avance es también legal y la causa de los gays se incorpora a la lucha por los derechos humanos. También, lo marginal por antonomasia, el travestismo, muy abundante en los espacios del trabajo sexual y el espectáculo, se incorpora a la moda.

Pese a los avances, los derechos políticos se adquieren con gran lentitud. Los poseedores de un tan conspicuo “talón de Aquiles” suelen alejarse de la protesta y buena parte de la frivolidad y la indiferencia política en el medio gay se debe a una certeza: “Sólo tenemos los derechos propios del consumo, somos nuestra capacidad adquisitiva”.

La salida del clóset

Sin excepciones, un fenómeno trastoca la mentalidad de todos los que viven el comportamiento homoerótico, así lo hagan de modo esporádico o cauteloso o apenas verbalizado: la salida masiva del Clóset (el Armario). El efecto se da en cadena al quebrantar el silencio histórico las declaraciones y las participaciones en reuniones o marchas. *Salir del clóset*, aceptar que —sobre todo desde la pandemia del sida— la valentía personal es integración comunitaria, porque los que renuncian a la hipocresía se explican mejor lo que viven: la sociedad, el sexo rápido, las apetencias frustrantes, la promiscuidad que resulta de la carencia de compromisos externos y de las imposiciones de la homofobia.

Salir del clóset. Al asumirse como tales, millones de gays y lesbianas despojan a la conducta de las opresiones del silencio. No en balde pierde sentido la referencia clásica, “El amor que no se atreve a decir su nombre”, tomada de un poema de Lord Alfred Douglas, el deplorable aristócrata que precipitó la caída de Oscar Wilde. Al atreverse, el nombre suprime buena parte de la culpa, y lo nombrado describe ya otra especie. Si moverse dentro de lo inmencionable oscurece lo que cada uno de los silenciados sabe de sí mismo, pertenecer a lo que se nombra es, por lo pronto, disponer de otra psicología, ya elegida.

Salir del clóset. En tres décadas, al intervenir las demostraciones de masas, varía la percepción de la homosexualidad. Si en la Marcha del Orgullo de Sao Paulo desfila un millón y medio de gays, lesbianas, bisexuales y transgénero, o si en Sydney la Marcha alcanza los dos millones de asistentes, una minoría ya no lo es de manera vaga, así se mantengan según las sociedades un buen número de sus rasgos constitutivos. La ampliación de espacios no alcanza por fuerza a todos los gays, pero no existen los seres tan aislados que ignoren la visibilidad creciente de sus semejantes (si no quiere llamarla “su especie”).

En México a la Marcha del Orgullo en la capital (más de cien mil cada año, más “la Marcha de las Banquetas”), se agregan desde fines de la década de 1990 las de Monterrey, Guadalajara, Oaxaca, Puebla, Aguascalientes, Tijuana. Calificadas al principio de “impudicia” o de “afrenta pintoresca”, las marchas atestiguan las libertades en la ciudad. Y el proceso de cambios legales se intensifica en el mundo, matrimonios gay en España, Canadá, Holanda y Sudáfrica, sociedades de convivencia en varios países y ciudades, juicios en contra de la discriminación. El amor renombrado litiga en los Congresos, la pandemia del sida y los expedientes de las demandas hacen estallar un número impresionante de zonas del clóset.

El crecimiento demográfico fragmenta y tritura El Ambiente porque ya quinientos mil gays en la Ciudad de México o, si se quiere, en el Valle del Anáhuac (cifra aproximada, modesta, legendaria y más que probable) ni admite ni solicita un común denominador.

VII

El norte de la República y los nichos de la virilidad

Los entrevistados por Núñez comparten la premisa de la otra sociedad homoerótica: *lo que uno hace con su cuerpo es muy distinto a lo que uno hace con su vida*. En función del deseo y de las circunstancias no es muy complicado ser activo, pasivo o *internacional*, reconocer el cuerpo ajeno como zona de conquista o, escénicamente, de sumisión, besar a una persona del mismo sexo, planear tácticas de seducción, y todo a cuenta de la condición humana. Lo más arduo de aceptar es la transformación de la experiencia en *sentido*, la explicación convincente de las peripecias de la promiscuidad o el aislamiento por timidez. En primera instancia, si los sentimientos se proclaman es con tal de que los oiga con claridad quien los emite.

No puede salir del clóset el que encierra su inclinación profunda en el vocablo “cotorreo”, tan común en los entrevistados por Núñez. *El cotorreo* delata las astucias de un juego, el no preocuparse por lo que inevitablemente se toma muy en serio, en el filo de la navaja entre lo que se vive “de lado” y el núcleo de la intimidad. En su mayoría, los entrevistados por Núñez no son o no se sienten hipócritas, entre otras cosas porque su noción de pecado ya no es tan opresiva como la de sus padres y abuelos, al disminuir sensiblemente el peso del dogma religioso (un gran freno de las libertades legítimas), y al concentrarse el temor de que la orientación sexual “se sepa” en dos

latifundios conceptuales del patriarcado: el miedo al juicio de la familia y el culto a *la masculinidad*, regido por una consigna: “Me pasa el cotorreo y hacer lo que me dicta mi cuerpo, pero si incluyo el cotorreo en mi definición de vida personal no sólo no me pasa, me aterra”. Esto, aunque con matices, todavía persiste.

A la mayoría de los informantes de Núñez les molestaría verse definidos por sus actos, no porque los ignoren sino porque al decirles y decírseles a sí mismos abdican de *la normalidad*, ese concepto atávico que los tranquiliza y reafirma. Esta es la gran trampa de la masculinidad como tótem: se convierte *lo normal* (en este caso el sinónimo exacto del apego reverencial a la costumbre) en la zona sagrada cuyas tradiciones se respetan mañosamente (“Mientras hago sexo, mis dogmas quedan entre paréntesis). Gracias a este método, la heterodoxia se registra como la sucesión de anécdotas borrosas. *Soy hombre pero a mi manera*.

* * * * *

Muchos de los informantes de Núñez conocen y/o frecuentan un ghetto, en este caso el del cinturón de cantinas y bares y parques mal iluminados y sitios en la carretera y departamentos y casas un tanto a la deriva, esa geografía del ligue “anómalo” que localiza sus aduanas y permisos de libre tránsito en el trámite que va de la mirada deseante a la plática de doble o triple sentido. En cualquier lugar del mundo, el Ligue establece con rapidez sus premisas, y el deseo deshace o intenta hacer a un lado los riesgos y las inhibiciones, agiliza los trámites del “descaro”, relaja los prejuicios y se desborda en las frases “rapiditas” que ahorran los pormenores de la seducción. Al interpretar esa realidad, Núñez muestra un duermevela poblado de urgencias psíquicas y físicas. Así, en el relato de *Saúl*:

El compadre de mi amigo era también como yo. La cotorreábamos en las pachangas, en las reuniones de trabajo. Yo me iba a venir al otro día y por eso me hicieron la fiesta. Yo me eché pocas cheves, unas seis, más o menos. El bato es de mi edad más o menos, debe tener unos treinta y cuatro. El bato me dijo: “así que te vas... se van las nalgas más buenas de Guaymas”. Y yo le contesté “y la reata más larga también”. “Ver para creer”, contestó; claro, siempre en tono de broma, de cotorreo, de camaradas, pero algo sentía ya. Para esto yo iba a trabajar a Guaymas, pero esa vez iba a ser el último día que iba. En otras ocasiones, como que algo percibía yo, pero no más. El bato casado igual que yo..., desmadroso.

Al rato que ya se acabó la fiesta, fui entregando a uno por uno en su casa. Adrede me fui por otra parte para dejarlo a él al último. Él iba adelante; en la cabina. En eso me dijo: “Ah que... de modo que te vas... Te voy a extrañar”. “Te puedo dejar un recuerdo”, le dije... yo en broma y tanteando a la vez. “¿Qué clase de recuer-

do?”, me dijo. “Un hijo”, le dije riéndome. “Ah chingao, ah chingao”, volvió a decir, “no te conocía ese lado”. “Ah, qué verga si soy bien mayate” le dije volteándolo a ver..., “Pues yo también”, dijo. “Pues a ver quién es más mayate” dije riéndome.

Hasta allí no se había aclarado nada, era nomás un juego de palabras, pero como que había algo. Ya íbamos a su casa y le dije: “¿Entonces qué?, ¿te dejo o le sigo?”. Yo volteándolo a ver y manejando al mismo tiempo. “Ah chingao..., pues sígueme, pues”, dijo. Yo agarré para afuera de la ciudad. Me paré a un lado de la carretera y me dijo: “Aquí no, pueden ver, sígueme, yo te voy a decir adónde”.

Llegamos, nos bajamos del carro y ni madre, nadie hizo nada. “Chingue a su madre” pensé yo. “Al cabo que mañana me voy”. Me quité la camisa y me abrí el pantalón. “Ah cabrón, no te conocía en ese plan”, me dijo. “¿Sabes qué cabrón?” le dije, “di sí o no pero no me hagas sentir mal”. Entonces el bato se quitó la camisa y se quitó el pantalón, el sombrero y las botas. Cuando lo ví, yo también hice lo mismo. Nos pusimos frente a frente y nadie se decidía... El bato también se había echado sus cheves, “Chingue a su madre” dije yo. Lo agarré de los cabellos de la nuca y nos dimos un beso. Los dos nos penetramos, pero nomás así porque no pudimos hacerlo... pero sí cachoreamos [compartimos caricias] un buen rato. Al otro día me vine de Guaymas

* * * * *

En el principio era el orgasmo, la utopía renovable a diario. Los informantes de Núñez están convencidos: vine, me vine, vencí. El “cotorreo” alcanza su clímax en la semilla infértil que alivia al alma ganosa.

* * * * *

El matrimonio ante Dios y ante los hombres. Las certidumbres a modo de bendiciones refrigeradas. A través de la célula básica las personas se añaden a la célula madre, la sociedad, la que sea, aquella donde los conocen y los reconocen. El vivir en pareja, especialmente bajo las reglas del matrimonio, agota la de por sí escasa predisposición romántica de estos jornaleros, estos migrantes, estos agricultores, estos comerciantes. Y a lo que no es “la relación sacramental” se le cede el capricho del instante, el cumplimiento de la obsesión sexual o, como ellos dirían, del enclumamiento de unas horas o de una temporada. El amor entre hombres, “como que no va” porque nunca obtiene la aprobación social y familiar. El sexo es otra cosa porque allí la aprobación es nomás de dos. Sin testigos el acto de penetrar o de ser penetrado, de practicar en una u otra postura el sexo oral, pierde su connotación moral o moralista, mientras que “lo aberrante” legitima si el informante confiesa su amor por un macho, y al hacerlo borra los límites de la separación afectiva entre los hombres, y admite y/o elige el cariño y la ternura. Enamorarse de alguien de la misma especie es situarse en el ojo del huracán

y olvidarse de lo terrible: sólo un pinche puto se apasiona por un igual. Lo otro, el mero acto sexual entre varones, se ampara en las iniciativas del cuerpo que “no dejan huella”.

En el campo de investigación de Núñez los que transgreden la norma no suelen admitirlo si esto compromete su *masculinidad*. Aun si le cuentan lo sucedido a un testigo *objetivo*, la conducta se difumina al narrarse como fábula. Si los de Sonora usaran el habla autodenigratoria de los gays, se sentirían delatores de sí mismos, y por eso no le permiten a las palabras fijar el sentido de las acciones.

* * * * *

La promiscuidad es también un saber de la especie. Y la promiscuidad es el ritmo de la danza de sombras de parques, cantinas y pick-ups a la vera del camino, donde el bato y el chero se unen transitoriamente. Pero si se atenúan las prohibiciones religiosas, no sucede así con el temor a la pérdida de *la masculinidad*, un tótem físico y psicológico, un patrimonio irrenunciable en los territorios donde si no se es varón de modo ortodoxo no se es nada. Se trastoca la cita clásica de Terencio: soy hombre y nada de lo profesionalmente masculino me es ajeno. “Ayuntar con varón” no importa si las consecuencias no involucran el debilitamiento de la masculinidad o la renuncia a mantener la familia que es la puerta de entrada a la condición respetable.

Me referí a “la predisposición romántica”. ¿Qué entiendo por esto? La decisión de enamorarse fuera de las normas, algo en verdad social y psicológicamente muy riesgoso. *Enamorarse* es aceptar que las pulsiones rigen el espíritu, que el instinto (como se la llamaba en la época previa al encumbramiento de la sexología) se puede convertir en mitología específica. ¿Un “14 de febrero” de dos hombres? No mientras yo viva, dijo el machismo.

VIII

De los gays urbanos: visibles a partir de la tragedia

Ya en 1985 se transparentan en México las dimensiones de la pandemia del sida, precedida del alarmismo y los terrores a propósito del “cáncer rosa”. El ídolo de las matinées, Rock Hudson, se declara enfermo de sida y muere poco después, mientras la plaga y el VIH se vuelven inocultables. Al ser los gays el sector más afectado, el miedo centuplica los rechazos y la incomprensión y, por ejemplo, en el Centro Médico un joven se ahorca harto de los vejámenes de médicos y enfermeras. La demonización no conoce tregua:

“No coma cerca de un homosexual. Puede contagiarse”, reza un anuncio pegado en las calles. El nuncio papal Girolamo Prigione califica al sida de “castigo de Dios”, en varias empresas se hacen pruebas obligatorias de detección del sida, y a los que se les encuentra la seropositividad se les conmina a salir en ese momento, y definitivamente, de la empresa. En los gobiernos de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, la Secretaría de Salud no lanza campañas dirigidas específicamente a los gays, porque, es de suponerse, el estado no puede ni debe reconocer la existencia de enfermedades derivadas de perversiones.

La tragedia ilumina la vastedad del mundo gay, con todo y celebridades: el cantante de Queen, Freddy Mercury, el pianista Liberace, los bailarines Rudolf Nureyev y Jorge Donn, el filósofo Michel Foucault, los coreógrafos Alvin Ailey y Michael Bennett, el supermillonario Malcolm Forbes, el jazzista Miles Davis, los actores Rock Hudson, Tony Perkins, Denholm Elliot y Brad Davis, los escritores Reinaldo Arenas, Jaime Gil de Biedma y Severo Sarduy, entre decenas de miles de intelectuales y artistas. Apenas a fines de 1997 tiene lugar la primera campaña de prevención de la Secretaría de Salud con los gays como destinatarios un tanto en penumbras, como corresponde a buenas intenciones sin ganas de resonancia mediática. Todo en voz baja, no se vayan a enojar los obispos.

Son años de tensión, de crecimiento del estigma, de familias que expulsan al enfermo, de búsqueda vana de apaciguamientos del dolor, de infecciones masivas por descuido en los bancos de sangre (quinientos casos entre los empleados de Pemex de Ciudad Neza), de maltrato, vulgaridad y prejuicios exterminadores entre los encargados de servicios de salud. La tragedia se colectiviza, no hay salida, no hay consuelos. A la irracionalidad de los crímenes de odio contra los homosexuales se añade el pánico desatado por el sida. Un adolescente en Toluca asesina a un cura porque “trató de contagiarme el sida”, y así no se divulguen no escasean los casos semejantes. Muchísimos se infectan por falta de información o por desatender las noticias disponibles. El empresario ultracatólico Lorenzo Servitje amenaza con un boicot de anunciantes, y por eso se cancelan las campañas de promoción de condones en la televisión privada o se reducen al mínimo, mientras se ocultan los datos del crecimiento de la enfermedad. Un año más tarde otra amenaza de Servitje y sus cristianísimos empresarios extingue una campaña televisiva a favor de los niños con sida. La iglesia católica y sus grupúsculos se oponen a las medidas de prevención, insisten en la castidad y quieren prohibir —porque “sólo funciona en el 95 por ciento de los casos”—

el uso del condón, rebautizado temblorosamente como “preservativo”, palabra que perturba menos o no obliga a imaginarse a la genitalia, característica fisiológica que no viene al caso.

Nunca antes un “adminículo” (expresión del cardenal Norberto Rivera) había concentrado tanta inquina. El nuncio Prigione lo llama “instrumento que arrastra a los jóvenes por el lodo”, y la derecha abomina de la existencia del sexo y exalta la abstinencia forzada, “la única respuesta al sida”. El gobernador de Nuevo León, Jorge Treviño, ordena retirar un gran anuncio de condones “porque puede lastimar las mentes de los niños pequeños”. Con frecuencia, los vecinos expulsan de su departamento a un infectado, falla una y otra vez el abasto de los medicamentos y es muy irregular el respeto por los enfermos aunque un sector de enfermeras y médicos sí es muy solidario. En las regiones, el problema se agudiza por la adecuación perfecta entre prejuicios, desinformación médica y carencias hospitalarias y de personal especializado. Y se expande la infección entre las mujeres de los trabajadores migratorios. El machismo nunca es precavido.

Hay respuestas, insuficientes pero generosas. Persisten los grupos de activistas antisida en la ciudad de México y los grupos crecen en Oaxaca, Aguascalientes, Monterrey, Guadalajara, Querétaro, Tijuana, Puebla. Los escollos son inmensos, pero la tolerancia avanza. Con la información planetaria sobre el sida y la *otra* sexualidad, con la abundancia de films, series televisivas, obras de teatro y novelas sobre el tema, con las grandes marchas en Washington, Nueva York, San Francisco, Londres, París, Madrid y Sidney, la homofobia ve diluirse sus shows de siluetas perversas. El riesgo y la inminencia de la muerte suprimen en los enfermos el miedo al Qué Dirán y esta liberación psicológica es muy significativa. La marginalidad persiste, pero ya aprovechada industrialmente con las redes de bares y restaurantes y comercios y programas de radio y páginas web. La triterapia (el “coctel”) aumenta grandemente las posibilidades de calidad de vida, y se decide el suministro gratuito de medicamentos en el IMSS y el ISSSTE, aunque el desabasto es continuo. Se admita o no, la pandemia ocupa el centro de la vida gay.

Avances y retrocesos

Los resultados de una encuesta de Sedesol y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) notifican la persistencia de una sociedad discriminatoria “dicho no sólo por quienes resienten esta discriminación, sino también por aquellos que la practican, que la portan como

si se tratara de algo natural”.⁶ Estos son algunos datos: 94.7% de los homosexuales, 94.4% de los discapacitados, 94.2% de las mujeres, 88.4% de los adultos mayores y 80.4% de las minorías religiosas “piensan que en México existe discriminación hacia ellos, es decir, es la percepción abrumadoramente mayoritaria entre los llamados grupos minoritarios. Y a la pregunta más específica de si en el último año, el entrevistado ha sufrido un acto de discriminación por su condición, 42.8% de los homosexuales dijo que sí”. A cambio, 48.4% de los encuestados no permitiría que en su casa vivieran homosexuales. Por lo menos, los que discriminan se creen a salvo de la discriminación.

Otra cifras de la encuesta: 71% de los homosexuales dice que su mayor sufrimiento proviene de la discriminación; 54.5% dice tener menos oportunidades de asistir a la escuela que una persona no homosexual; 73% cree tener menos oportunidades de conseguir trabajo; según 44.1%, sus familias han querido que desistan de su preferencia sexual... Al respecto, sin conocer los criterios de la encuesta, la primera reacción es inevitable: ¿se les preguntó básicamente a los gays “que se les nota”?

A partir de la década de 1990, las divulgaciones de lo gay y en menor medida de lo lésbico se intensifican. Y las variantes del homoerotismo se integran demostrativamente en series como *Queer as folk*, *Oz*, *Six feet under*, *Will and Grace* y *The L word* (sobre lesbianas). En el siglo XXI, la aceptación crece al desgastarse la intolerancia en sociedades urbanas cada vez más al tanto de las divulgaciones científicas. Ya no es fácil el triunfo de las experiencias y las actividades homofóbicas.

IX

El norte de la república: las pulsiones incontenibles y la información a mano

Nadie escapa de la globalización (lo que todos conocen y lo que todos utilizan o padecen aunque no exactamente al mismo tiempo); nadie tampoco abandona sus hábitos verbales simplemente porque desaparezcan las ideologías que los impusieron (del catecismo de Ripalda a los círculos de estudio del manual de Marta Harnecker) o porque desaparezcan las creencias

⁶ José Woldenberg, *Los desafíos del presente mexicano*, Taurus, 2006.

que los han producido. Al universo rural también lo afectan las transformaciones de la sexología, y el machismo se siente desprovisto del sustento fundacional, la complicidad de sus víctimas. Con todo, el habla se ajusta con tardanza y torpeza a los cambios de la psicología social, y por eso algunos rancheros siguen hablando despectivamente de “los putos” mientras narran sus incursiones homoeróticas.

Una tendencia dominante en este grupo de solitarios a sus horas: en lo íntimo les regocijan las relaciones prohibidas; en público niegan con rudeza la diversidad erótica. Y por eso, el simple contar los episodios furtivos anuncia el cambio de mentalidad. Estos hombres que vienen de las entrañas de la hegemonía patriarcal, y que confían en el etnógrafo Núñez, por lo común atractivos y de cuerpos curtidos, rememoran su travesía libidinal y modifican por horas su visión del mundo: “Si no me ven los que me conocen ni modo que se ofendan”.

El hablante de la intimidad homoerótica se imparte órdenes a sí mismo: “Que no se sepa. Haz lo que quieras, pero que no se sepa, dáte tu lugar”. No son estrictamente operaciones del cinismo, porque no hay sarcasmo, pero sí un cálculo de riesgos. Así, los beneficiarios del sigilo no quieren renunciar a él, para qué perder lo que *también* se quiere. Los actos sexuales son formidables pero el gozo que infunden desemboca con regularidad en los aspavientos del disgusto: “Estuvo sensacional, pero qué gano con esto”. La familia y el trabajo versus la economía libidinal.

Ya se sabe: sólo se registra a fondo un placer si se verbaliza, si las palabras —el público preferencial— atestiguan lo acontecido, algo cercano al “Se hace sexo en beneficio del registro idiomático”. En los recorridos en pick-ups o en las postrimerías de un baile o en las veladas cerveceras, los entrevistados le ceden a Núñez los secretos de sus técnicas de seducción (todas las familias felices se parecen, los ligues en condiciones dificultosas no), y el impulso narrativo proviene de la reconquista momentánea de la felicidad, del sentido de vivir como evocación. “Si te lo digo es para enterarme con detalle de lo que me pasó y de cuánto gocé”. Típica o clásicamente las vivencias profundas se oponen al peso de los cotidianos, regido por el despliegue de la heterosexualidad, y el relato “sigiloso” exhibe como de paso la erosión de las creencias sobre masculinidad, homosexualidad, integración familiar, temor de Dios y respeto social, ese cúmulo de acatamientos y “saberes irrenunciables” agigantados por la voluntad de situarse bajo la luz de la normalidad.

* * * * *

Lo visible y lo invisible. Lo visible depende del apego a una sola definición de lo masculino y lo respetable. Al respecto, revísense algunos episodios de la construcción de la invisibilidad. Un ejemplo: el Código (moral) de Producción Cinematográfica, producido por la Legión Mexicana de la Decencia en la década de 1940, a imitación del Código Hays que regía en Hollywood. El Código se divide en dieciséis apartados: desnudez, semidesnudez, escenas de pasión, prostitución, homosexualidad, venganza, robo y crimen en general, licor, drogas, conflicto social, sangre, brutalidad, religión, fanatismo y magia, infancia y adolescencia.⁷ Sobre la homosexualidad, el Código establece lo siguiente:

Tanto en hombres como en mujeres, es en sí un tema prohibido, aun cuando no se muestre al pervertido y solamente se hable de él o se hagan alusiones vagas, inclusive en tono de comedia. A los efectos de cuanto establece este inciso, se considerará como homosexual la conducta de dos personas del mismo sexo que muestre exceso de caricias o mimos, o con celos, un sentimiento que la historia no justifique plenamente con carácter elevado. Tal criterio se aplicará muy especialmente en caso de adolescentes y en escenas de colegios.

En *Homos*, Leo Bersani explica la moraleja de quienes disienten de la ortodoxia: “No pueden oprimirme si no me localizan”. No ser identificado es a su modo un acto de desafío, y al alejarse del epicentro de los muy amanerados se restringen los mecanismos de control social que no captan a simple vista las transgresiones. Los que no se consideran culturalmente gays, y ni siquiera perciben este asunto, conciben la exclusión como desmascaramiento.

¿Dónde se recrea “la identidad homosexual”? Un consenso de estos años ofrece una respuesta: en los dictados de la opresión (Sartre, famosamente, alegó: “Es el antisemita el que crea al judío”, también podría decirse: es el cerco homofóbico el que diseña por vez primera *la condición homosexual*). Si esto es así, tiene que ver de una manera sesgada con los rancheros y comerciantes y migrantes que dialogan con Núñez, sin identidad fija porque no la necesitan. Sería incluso gratuito. Su cárcel simbólica es la del *miedo a que se sepa*, que anticipa la condena y la exclusión y la pérdida de crédito del individuo ante sí mismo y los demás.

⁷ En “Cine, censura y moralidad en México: en torno al nacionalismo cultural católico, 1929-1960”, de Guillermo Zermeño Padilla en *Historia y grafía*, Universidad Iberoamericana, núm. 8, 1997.

* * * * *

Con reiteración, los informantes de Núñez expresan su desprecio por los “traidores a la masculinidad”, criaturas que desarrollan senos y caderas ominosos, “subhumanos” que acreditan el asco y la burla que se les dedican. Y los entrevistados son lo que son, ni homosexuales ni gays porque estas son construcciones culturales, y ellos no se adhieren a estilos de vida patrocinados por la modernidad y el consumo, así también dependen de otra modernidad y otro consumo, y se concentran en el “tríptico”: heterosexual de día, bisexual de noche, homoerótico de madrugada. Se casan, tienen hijos, se juntan, se apartan, tienen amigos de “intimidad probada”, regresan a los sitios de Ligue, son hábiles en las pláticas y en la creación de atmósferas de confianza, no dejan pasar la oportunidad.

Una cosa por otra: los entrevistados de Núñez se rehúsan a la marginalidad y esto no les concierne porque no se sienten ni maricones ni gays. Su masculinidad es un asta bandera, es un método laboral, es la técnica que los protege de sus predilecciones y los devuelve siempre a su naturaleza, algo distinto de su cultura, si esta diferencia vale. Y lo que se percibe en ellos como arrogancia o desdén viene por lo común de las inercias del medio social, autoritario en la forma y en el fondo.

Núñez demuestra con amplitud hasta qué punto la experiencia homoerótica del mundo rural difiere de *lo gay* conocido, por vincularse todavía a las definiciones y prácticas regionales de *lo masculino*, entendido como la lejanía emocional entre personas del mismo sexo. Hay, y Núñez lo precisa, enamoramientos y pasiones amorosas, pero igualmente es importantísima la carencia de un espacio social que le otorgue fluidez y presencia a estos sentimientos, y califico de *espacio social* al ámbito donde funcionan los códigos lingüísticos, el lenguaje corporal “especializado”, las tradiciones del gusto, las reuniones sin fines estrictos de Ligue, la lejanía de la vigilancia familiar, el estímulo de los licores, e incluso lo que Max Weber llama “la *intelligentsia* pura”, esos sabios espontáneos que educan de varias maneras al grupo minoritario. De este *espacio social* no disponen los protagonistas de *Más allá de lo gay*.

* * * * *

En las entrevistas de Núñez casi no se mencionan las tensiones que estas vidas contienen. No se registran en la investigación dramas o melodramas, sólo recuento de tiempos largos de seducción, de alcohólicos rituales, de

golpes de suerte el día de una tocada de la Onda Gruperá. Lo que se cuenta por lo general es grato o regocijante o levemente frustráneo, pero sólo excepcionalmente se vislumbran las tragedias causadas por la intolerancia. El sida aparece en lontananza, el desgarramiento amoroso equivale a una experiencia migratoria, los protocolos del sexo siempre se duplican, el prejuicio sólo se quebranta en las cercanías del orgasmo.

La bibliografía de *Más allá de lo gay* es de primer orden y a través de ella el lector se acerca al desarrollo de la literatura sobre sexualidades, masculinidades y homosexualidades (de los estudios gays a la teoría queer). Son legión los subtemas: la masculinidad como práctica en las relaciones de género; la virilidad como fantasía de poder y culto a la violencia; la masculinidad como feudalización de las mujeres; el machismo como la práctica colectiva de varios o de una sola persona; las “ideas-fuerza” que rigen las zonas erógenas; la invención de lo *natural* como criterio de dominación (“el homosexual es contranatura”); la utopía (o la distopía) de la familia “tradicional”; el papel de las teorías feministas en la reivindicación de lo gay; la confusión entre roles sexuales y diferencias sexuales; el fanatismo por el fútbol como reinención de “lo masculino”; la ausencia de “masculinidad” en los gays como la perturbadora y destructiva limitación de origen, y así sucesivamente. También, Nuñez informa de los comportamientos que al no *decirse* adecuadamente funcionan como “otra cosa”. (En materia de opciones de la diversidad lo no escrito es siempre el espacio del voluntarismo) ●